

La *revolución* se nos presenta a lo largo del mundo contemporáneo con dos caras que no siempre han compuesto un mismo rostro. Por una parte, aparece como acontecimiento histórico de extraordinaria capacidad política en el desarrollo de sociedades particulares. Y por otra parte, como fuente de proyectos políticos diversos que tienen en común el deseo de ruptura con el orden establecido desde principios universalistas.<sup>1</sup> Realización y propósito que definen buena parte de la historia moderna. Qué *ha sido* y qué *debe ser* una revolución son dos de las cuestiones centrales del pensamiento y del análisis político modernos, llegando, incluso, a convertirse en temas de distinción entre teorías sociales o políticas y, por supuesto, entre ideologías. Su carácter *omnívoro* (para emplear un término de Agnes Heller)<sup>2</sup> la hace casi equivalente a la propia idea de Modernidad.

En el Perú de los años sesenta, el desarrollo económico y las transformaciones sociales de las últimas décadas no lograban mitigar la inestabilidad política que se vivía desde los años 30, ni mejorar sustancialmente la integración nacional de la población. Esta evolución fue vista mayoritariamente como clara muestra del agotamiento del modelo de Estado y sociedad vigente hasta ese momento. Las esperanzas de una revolución nacional que rompiera con ese agotamiento sin salida, aparecían como problema y posibilidad de ese Perú demasiado astillado para ser viable. En octubre de 1968, las fuerzas armadas tomaron el gobierno del Estado y propusieron hacerse cargo de esas esperanzas, iniciando un ambicioso proyecto de transformación integral del Perú. El despliegue gubernamental de ese propósito ha sido mi objeto de estudio y, ahora, de exposición.

Al iniciar esta investigación me planteé estudiar el gobierno militar peruano como un caso de dictadura. Pero hallé muy pocos textos en que se

---

1 Ni que decir tiene que la universalidad de tales principios, como los clásicos de libertad, igualdad y fraternidad, nunca fue algo resuelto de una vez por todas, sino que siempre ha constituido el gran problema de la política.

2 Agnes Heller, "Omnívora modernidad", conferencia en la Facultad de Derecho de la Universidad de Granada, multigr., Granada, 1992.

calificara abiertamente a ese gobierno como tal. Ya fuera por la necesidad de distinguirlo de anteriores gobiernos militares en el Perú o de sus contemporáneos en otros países de América Latina, o fuera por las orientaciones nacionalistas y progresistas que las políticas gubernamentales presentaban, el asunto es que la discusión parecía girar más en torno a si el proceso liderado por el general Velasco era un reformismo burgués (incluso, una incipiente revolución) o una revolución nacional-popular (cuanto menos, anti-oligárquica y desarrollista). Hacia finales de los años setenta, las compilaciones bibliográficas recogían unos 1.300 registros<sup>3</sup> sobre los siete años de gobierno de Velasco y en ellos no había ningún título importante que hiciera referencia a la dictadura, como máximo al carácter autoritario o corporativista del gobierno.<sup>4</sup>

En un acercamiento alternativo, establecí un marco teórico para el estudio de la acción de un gobierno empeñado en la transformación integral del sistema político y las condiciones estructurales en que éste funciona. A partir de ese marco, podría analizar la acción de ese gobierno, pero con esto sólo proporcionaría una descripción más o menos válida de lo ocurrido. Necesitaba un problema. Cuando pensaba en términos de dictadura, discutía el sujeto de esta forma de gobierno y su pretensión de ocupar toda acción política como conservación del orden que él protagonizaba. Sin embargo, el gobierno militar peruano no parecía querer conservar el orden vigente, sino que insistía en su ruptura en favor de otro más justo, por lo que se autoproclamaba constantemente como “revolucionario”, identificación que muchas de sus acciones confirmaban. ¿Se trataba entonces de estudiar, desde mi marco teórico, la acción de un gobierno durante una revolución? Un buen grupo de investigadores, presentados a lo largo de este texto, no dudaría en contestar afirmativamente, al menos si siguieran pensando como lo hacían en los años setenta y primeros de

---

3 Me refiero a la compilación recogida en el libro de Henry Pease García, *El ocaso del poder oligárquico. Lucha política en la escena oficial 1968-1975*, DESCO, Lima, 1979.

4 Ese carácter autoritario del gobierno militar, que pusieran de manifiesto muchos de sus primeros interpretes —como Julio Cotler, “Concentración del ingreso y autoritarismo político en el Perú”, *Sociedad y política*, núm. 4, 1973, Lima; o Manuel D’ornellas Suárez, “La encrucijada peruana”, *Mundo Nuevo*, núm. 31, enero, 1970, París—, también fue abiertamente admitido por algunos de los que integraban la minoría gobernante, como Francisco Guerra García, *El peruano, un proceso abierto*, Librería Studium S.A., Lima, 1975, carácter que la mayoría de las veces era justificado desde la necesidad de hacer una revolución que no podía someterse al escrutinio impune de sus enemigos, como defendiera tantas veces el propio Velasco Alvarado o asesores tan reputados como Héctor Cornejo Chávez, *Derecho y revolución*, Oficina Nacional de Información, Lima, 1971.

los ochenta en que se realizó la mayor parte de los estudios sobre el Perú gobernado por el general Velasco. Pero, por muy interesante que sean los argumentos de tales investigadores, con quienes tengo grandes deudas, la reflexión que me comenzaba a interesar era la del propio gobierno militar, la de sus integrantes y la de sus apoyos civiles; una reflexión surgida de la práctica de un proyecto revolucionario. Por ello me planteé la revolución como hilo conductor del estudio, y no fue del todo una sorpresa reencontrar en el seno de este tema el de la dictadura (forma extrema, tal vez perversa, de la soberanía).

El proceso peruano estuvo marcado por una insalvable ambigüedad que se refleja en su recuperación académica, algo que es muy posible fuera parte constitutiva del propio proceso así como de la época en que ocurrió y no sólo de la falta de precisión analítica. Como señalaban en 1986 Abraham Lowenthal y Jane Jaquette,<sup>5</sup> el gobierno militar peruano atrajo sobre el Perú una atención que nunca había tenido y que, probablemente, no ha vuelto a tener (también en esto, el gobierno del ingeniero Alberto Fujimori parece rivalizar con el del general Velasco). La ciencia y la sociología políticas, así como los estudios de economía para el desarrollo, han sido las disciplinas que más se han dedicado a la investigación sobre la problemática. Muchos han tomado el caso peruano para ejemplificar el populismo, el corporativismo, el desarrollismo o las revoluciones nacionalistas en el tercer mundo, etc. Bastantes menos han considerado el gobierno militar peruano como parte de una discusión más amplia de teoría política. Y han sido pocos quienes han usado una perspectiva comparativa, aunque sí aparece el caso peruano en trabajos genéricos sobre la política en América Latina, como los de Alain Touraine y Alain Rouquié, o como capítulo de algún volumen que contiene otras numerosas experiencias.<sup>6</sup>

Para mis preocupaciones intelectuales, la carencia más acusada, que con este trabajo aspiro a resarcir en parte, es la del estudio de los proyectos políticos como prácticas, como acciones políticas de los sujetos que luchan por dominar las situaciones en que ellos mismos aparecen como tales: no quedarse en describir las condiciones de producción o recepción

---

5 Abraham F. Lowenthal y Jane S. Jaquette, "El experimento peruano en retrospectiva", IEP, *Documento de Trabajo*, núm. 19, Lima, 1986. Este pequeño texto contiene una buena revisión bibliográfica de las maneras de interpretar el gobierno militar peruano.

6 De todas estas perspectivas hay una amplia bibliografía que he citado según la he utilizado a lo largo de mi exposición y, en orden temático y alfabético, al final del texto.

de esos proyectos, sino intentar interpretar su lugar en el devenir de las sociedades. Por ejemplo, es cierto que Luis M. Sánchez Cerro, Manuel A. Odría y Juan Velasco Alvarado apelaron a la revolución como defensa de sus actos, pero el parecido se diluye si vemos los proyectos como acciones que transforman el mundo en que deben ser entendidos, como aperturas y metáforas del mundo que enuncian. El manifiesto de derrocamiento de Augusto Leguía fue, sin duda, un acto de apertura casi provolucionaria del cierre dictatorial en que vivía el Perú de los años veinte, por más que luego el autoritarismo de Sánchez Cerro y la situación de confrontación civil llevarán al país a un nuevo ciclo de golpes de Estado y gobierno autoritarios. La toma del poder de Manuel Antonio Odría contra el gobierno electo de José Luis Bustamante y Rivero en 1948 fue siempre una usurpación reaccionaria y sus declaraciones demagógicas no pasaron de la entrega de tierras en los asentamientos humanos o la edificación de hospitales y escuelas.<sup>7</sup> El caso de Velasco Alvarado y su minoría gobernante está aún sujeto a una polémica a la que esta investigación no logra escapar, pero en absoluto se trató del improvisado gobierno militar de turno, como tampoco de la comadrona de la segunda y real independencia del Perú.

#### TEMAS, HIPÓTESIS Y DESARROLLO DE LA INVESTIGACIÓN

A riesgo de resultar academicista, quiero hacer explícitos los problemas teóricos y empíricos que me han conducido en este estudio. Con ello, me gustaría proponer los parámetros en que se debería leer mi trabajo, sin menos cabo de la crítica o la propia perspectiva de los lectores. Con esto también adelanto el orden del texto y la lógica de mi argumentación que, al proceder de una investigación doctoral, gira constantemente en torno a las

---

7 Los manifiestos a la nación de ambas tomas exitosas del poder estatal están publicados en *Historia general del Perú. La República contemporánea*, tomo XII, Editorial Milla Batres, Lima, 1984, donde, además, se pueden seguir los principales hechos históricos hasta los años ochenta. Lo importante es destacar que el redactor principal del manifiesto que proclamó Sánchez Cerro fue José Luis Bustamante Rivero, quién incluyó un tono abiertamente democratizador al discurso y que sería justamente el derrocado con el manifiesto, declaradamente conservador y restrictivo de la democracia, de Manuel Antonio Odría en 1948. La literatura sobre estos dos momentos de la historia del Perú es numerosa, en la bibliografía recojo alguna. En una perspectiva próxima a la aquí defendida sobre la diferencia entre ambos momentos se encuentra el trabajo de Sinesio López, *Ciudadanos reales e imaginarios. Concepciones, desarrollo y mapas de la ciudadanía en el Perú*, IDS-Instituto de Diálogo y Propuesta, Lima, 1997.

hipótesis de investigación que me propuse en mis primeros proyectos. Esos temas son los siguientes:

- La acción del gobierno del Perú de 1968 a 1975, ubicándola en una época histórica que responda tanto a las condiciones propias de aquel país andino como a su participación en la historia general del mundo contemporáneo. Aquí está presente la preocupación de Hannah Arendt de entender los proyectos de revolución como claves de bóveda de la modernidad, cuando hablaba de la importancia de entender esos procesos políticos para entender nuestra época.<sup>8</sup>
- Las condiciones de persistencia y cambio histórico del sistema político peruano, así como de las prácticas políticas de los sujetos que acogió, intentando ofrecer alguna explicación o argumento sobre ello.
- El sujeto protagonista de ese proceso, describiéndolo e interrogando su proyecto político sobre la concepción de la política que ese sujeto tenía y que desplegó durante sus años de gobierno.
- Y finalmente, volver a discutir los significados (en términos de enunciados performativos, de proposiciones que son actos políticos) del proyecto de los militares peruanos como proyecto de la revolución, lo que me llevará a una discusión de ésta y de su efectiva realización en el Perú de aquellos años.

Para ser más preciso, desarrollaré extensamente la tesis principal a discutir y las hipótesis con que sustentarla, a sabiendas de que éstas no pueden ser asumidas como si se tratara de un experimento en el laboratorio sino como guías y compromisos de nuestra interpretación.

*Tesis o argumento central:* la revolución —con su naturaleza paradójica de subversión y soberanía, por un lado, y acontecimiento particular y proyecto universal, por otro— fue el guión clave de la ideología y la práctica política del gobierno militar peruano presidido por el general Juan Velasco Alvarado. Esto suponía un intento de cambio estructural y simultáneo del sistema político por una minoría consistente, con una fuerte autonomía relativa en ese sistema y en una posición privilegiada en el Estado y la sociedad.

La dimensión ideológica del gobierno militar consistió en una actualización radicalizada de la ambición política hegemónica en el Perú de

---

8 Hannah Arendt, *Sobre la Revolución*, Alianza, Madrid, 1988.

aquella época: el *tener un Estado nacional soberano y desarrollado*. A este objetivo le correspondía claramente una estrategia que, debido al desarrollo de los grupos políticos del país, no podía ser otra que la *revolución*. Esta estrategia, aunque subversiva con el orden existente, no debía ser ni violenta, ni desordenada, ni afín a posiciones ideológicas extranjeras en las coordenadas de alguna de las superpotencias: debía ser *peruana*, casi como afirmación de esas negaciones.

En cuanto a la práctica política desarrollada por el gobierno militar como minoría consistente, tenía que ser capaz de revertir una situación de facto, provocada por la ruptura del sistema político, en un orden institucional que sirviera tanto de meta política como de esquema de legitimación: “transmutar el poder en orden”. Así, esa práctica sería consistente con un gobierno eminentemente militar y sus parámetros institucionales y discursivos de comportamiento, pero también, una vez producida la ruptura con el orden previo, con los objetivos de transformación propuestos para los que se constituyó el gobierno como minoría en favor del principio de la mayoría nacional (en pos de la política moderna).

Más allá de la discusión de si podemos o no denominar revolucionario al gobierno presidido en Perú por el general Juan Velasco Alvarado, con este estudio defenderé que las dimensiones fundamentales de su “proyecto nacional” fueron hilvanadas con la idea de revolución hegemónica en el Perú, mientras que el grupo de militares y civiles liderado por Velasco trató de traducir ese proyecto a las claves de su propia constitución como sujeto político y acomodarlo a las capacidades, recursos y expectativas que su propio accionar como sujeto desplegaba. Esta tesis necesita del estudio de las siguientes hipótesis:

A) En primer lugar, es necesaria una hipótesis que dé cuenta de las circunstancias históricas en las que ocurre el alzamiento militar de 1968, contexto que perfila el contenido y uso de la idea de revolución. Defenderé que la imagen del “Perú coloidal” desplegaba un conjunto de actores, diagnósticos, prácticas y metas políticas suficientes para un escenario primordial revolucionario, donde sólo faltaba un actor con autonomía y capacidad para asumir las condiciones de ese escenario. La mayor o menor veracidad histórica de esa imagen no es el asunto aquí, descartando el argumento del tipo: los militares partieron de una imagen errónea del Perú de 1968 por lo que su fracaso estaba asegurado desde el comienzo para cualquiera que hubiera tenido una imagen más exacta de la realidad; o del tipo: los militares tenían

razón y su proyecto era positivo pero las circunstancias cambiaron y se vieron desbordados. Como se tratará de mostrar, una de las apuestas posibles, tanto ideológica como pragmáticamente hablando, era la de una revolución desde arriba por parte de un grupo de militares más o menos progresistas, y no sólo para evitar una muy improbable revolución desde abajo, sino porque la transformación simultánea del sistema político ya había comenzado y no se vislumbraba un grupo político con capacidad para dirigirla.

Lo que me interesa destacar son las condiciones en que la minoría gobernante se hizo cargo de la salida revolucionaria que prefiguraba la imagen del Perú coloidal, y por las que tanto esa imagen como su proyecto político ganaban verosimilitud.

B) Ahora bien, la situación dibujada por la imagen del Perú coloidal no determinaba claramente el tipo de sujeto que debía conducir la revolución nacional, ni su comportamiento, se trataba de un diseño abierto que debía ser completado por la misma aparición de ese sujeto político. Para explicar esto, planteo la siguiente hipótesis: la constitución de ese actor protagonista como minoría consistente respondió a dos acuerdos fundacionales: en primer lugar, el compromiso con la transformación irreversible y radical del sistema político peruano que pusiera fin a una historia de fragmentación, subdesarrollo y dependencia; y, en segundo lugar, se acordó dar la dirección, incluso autoritaria, de esa transformación a una irremplazable Fuerza Armada, por lo que ésta ocuparía los principales puestos del Estado y daría prioridad a su propia forma de actuar. La vinculación necesaria de estos dos principios constitutivos del proceso y su protagonista llevaban a plantear un ejercicio sumamente disciplinario en el que la revolución se ejecutaba *en nombre de* la sociedad beneficiaria, en nombre de la mayoría popular, como única manera de hacer real el principio del bien común que debía conducir la existencia del Estado, pero esto impedía la corresponsabilidad de esa mayoría con el actuar del gobierno militar.

C) El problema central, desde la propuesta analítica de Claus Offe que presento en el siguiente epígrafe, es la confrontación entre la lógica política del gobierno que encabeza el cambio revolucionario del sistema en el que emergió y las diversas lógicas sistémicas implicadas en la transformación simultánea de los diversos niveles que componen todo sistema político. Sin perder de vista que los cambios en cada uno de los niveles del sistema se afectan inmediatamente entre sí, es conveniente separar su análisis y exposición, por lo que se pueden plantear tres hipótesis de interpretación,

para cada una de las innovaciones en los niveles de la identidad nacional, el régimen político y las políticas económicas:

a.—El gobierno militar condujo la transformación en el nivel de la identidad queriendo fortalecer la independencia nacional, abolir la dominación oligárquica y construir nuevos modelos de integración cultural para toda la sociedad a partir de los grupos populares emergentes que resultaban de las migraciones a la ciudad durante los años cincuenta y sesenta. En esa conducción política, primó el rechazo discursivo a lo exógeno, el redencionismo de una peruanidad dominada pero latente desde la conquista española, y la exaltación de lo popular como el máximo valor de legitimación política. En la coherencia entre estos elementos del proyecto, tuvo una importancia medular las trayectorias vitales de los miembros, militares o civiles, de la minoría gobernante, pero también los discursos políticos del dependentismo, la teología de la liberación, el “populismo” y ciertos tipos de socialismo vanguardista.

b.—En el nivel del régimen político es donde más se dejó sentir el carácter paradójico de la revolución. Por una parte, ésta sirvió para cambiar las claves normativas e institucionales en la relación entre Estado y sociedad en el Perú, así como para desplegar una lógica de *transición* durante la ruptura con el orden anterior. Por otra parte estaría la necesidad de ordenación soberana, de institucionalización del poder y regulación de su ejercicio, lo que se hizo mediante el corporativismo político. En esta paradoja se inscribe el ejercicio de la arbitrariedad de los “comandos” militares y la necesidad de la confianza personal entre jefes y subordinados para sacar adelante las diversas reformas que se proponía el gobierno. Al mismo tiempo, el gobierno adoptó el esquema institucionalista de las fuerzas armadas para sí mismo y para su control de la administración estatal y su vinculación con la sociedad civil. Un intento de solucionar la paradoja entre subversión e institucionalización fue el creciente protagonismo del presidente de la República, el general Juan Velasco Alvarado, como Jefe de la Revolución. Los tres temas fundamentales en que se pueden registrar estos problemas son: la conversión de la situación de facto en orden legítimo, el control del Estado por uno de sus aparatos de seguridad, las fuerzas armadas, y el intento frustrado de incorporar a las masas populares afectadas por las reformas como soportes sociales del gobierno.

c.—El tercer nivel afectado fue la estructura económica, sobre la que el gobierno adoptó un amplio conjunto de medidas bajo el siguiente pro-



pósito: radicalizar el modelo de sustitución de importaciones —que en el Perú había llegado tarde y en función de intereses extranjeros— y transformarlo en un modelo de desarrollo socioeconómico nacional para la integración territorial y de clases, el mejoramiento del bienestar de los más desfavorecidos y el establecimiento de una estructura económica inspirada en la seguridad nacional exterior e interior. Pero radicalizar el modelo de sustitución de importaciones, por muy profunda que fuera su crítica y su puesta en práctica, no podía ser muy coherente ni con los cambios de la economía mundial, ni con la misma estructura económica del Perú, caracterizada por la debilidad en la producción de bienes de consumo, el gran atraso tecnológico en la mayoría de sus ramas productivas, una productividad laboral muy baja y un peso internacional exiguo. La hipótesis que manejaba el gobierno militar para superar esas limitaciones era que manteniendo controlada la clase obrera con medidas políticas y de asistencia económica durante una década, se podrían realizar reformas estructurales de bajo costo y alto impacto socioeconómico, como la reforma agraria, mientras se invertía en el desarrollo del sector exportador minero cuyos beneficios nacionalizados servirían para el definitivo despegue de la industrialización y el bienestar social en la siguiente década. La crisis del modelo llegó antes de lo previsto por el plan económico y el gobierno tuvo que iniciar una serie de medidas económicas restrictivas que lo distanciaron del relativo apoyo popular que habían ganado, acentuando las divisiones en el seno de la minoría gobernante en la que las luchas por controlar la reorientación del gobierno terminarían en su colapso.

#### PERSPECTIVA TEÓRICA

El proyecto de *revolución* que desarrolló el gobierno militar peruano entre 1968 y 1975 tiene que ser entendido dentro de lo que solemos llamar *mundo contemporáneo o moderno*, con su amplia oferta de teorías y marcos explicativos sobre numerosos acontecimientos sociales, políticos, biológicos, científicos, etc. Así, para este estudio mantendré que la autodenominada “Revolución peruana” de 1968 a 1975 fue una experiencia política moderna, inscrita en el presente histórico de nuestro mundo como partícipe de las principales contradicciones de la modernidad. Esta proposición, un tanto axiomática, quiere evitar la explicación de los fenómenos políticos del

Perú contemporáneos como exclusivos resultados de una evolución histórica particular e incontrovertible. Es un intento de escapar a la argumentación historicista y recuperar el razonamiento político en el que la historia ya no es el privilegiado lugar de explicación, sino un conjunto de elementos en el que se realiza el presente, como estructura, código o sistema donde emergen los sujetos y los cambios que éstos producen en sus relaciones conflictivas: la historia es más el efecto que la causa de la lucha política.

Marshall Berman inicia su magnífico estudio sobre la modernidad, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, con una abigarrada pintura<sup>9</sup> de la misma:

Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. Los entornos y las experiencias modernos atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y la ideología: se puede decir que en este sentido la modernidad une a toda la humanidad. Pero es una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es formar parte de un universo en el que, como dijo Marx, «todo lo sólido se desvanece en el aire».<sup>10</sup>

En una lectura parecida, Anthony Giddens parece afirmar que la modernidad presente es, en casi todo, la expresión de consecuencias no siempre previstas e, incluso, no deseadas de aquel germinal proyecto de la razón y el progreso, protagonizado por un sujeto individual y responsable de actos y creencias.<sup>11</sup> En la metáfora que Giddens hace con la imagen del

---

9 Alejo Carpentier refiere en varias ocasiones la visión que de un cuadro sobre un incendio en una catedral, tenían algunos personajes de su novela *El siglo de las luces*. No me parece exagerado pensar esto como una metáfora de los efectos que el intento de explicar la revolución y la modernidad tiene en muchos interpretes modernos.

10 Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, México, 1988, pág. 1.

11 Anthony Giddens, *Consecuencias de la modernidad*, Alianza, Madrid, 1993. Por su parte Albert Hirschman dedicó su libro *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo antes de su triunfo*, FCE, México, 1978, a desvelar cómo los objetivos que pretendían los defensores de una sociedad gobernada por los intereses, y no por la caprichosa voluntad de los hombres, eran bastante contrarios a la convulsa e instrumental sociedad moderna. Resulta interesante que Hirschman se propusiera tal tema de estudio para responder al fracaso que las teorías del desarrollo habían alcanzado a mediados de los años setenta.

*Juggernaut*<sup>12</sup> —similar a la de Alain Touraine<sup>13</sup> con en la figura de Saturno devorando a su hijo—, la modernidad camina sobre sus consecuencias, sobre sus proyectos y sus actores, siempre que siga avanzando, que tenga “éxito” aunque éste no responda a lo previsto en su origen.<sup>14</sup> Pero también es cierto que son aquellos propósitos de liberación, secularización y progreso mediante el desempeño de la razón ilustrada, los que se mantienen como principios de identificación y poderío, incluso autodestructivos, de esa Modernidad.<sup>15</sup>

Dos conceptos políticos están en el centro de estas alegorías de nuestra época: el de Soberanía y el de Subversión. Las críticas de las sociedades europeas tradicionales abrieron enormes posibilidades para una nueva ordenación social en que los hombres (algunos) se podían sentir protagonistas de sus sociedades. Ese movimiento de crítica y proyección giraría en torno a la conformación de los Estados Nacionales y, desde el siglo XVI, su expansión mundial. La Soberanía de esos nuevo sujetos estatales se ejerce frente a un mundo externo, siempre amenazador en las fronteras nacionales, y sobre los individuos particulares, siempre en curso de insumisión. La Nación vencedora, soberana, establece las reglas del juego y se constituye en modelo para las demás. La eficacia de tal proceso margina los costos y las alternativas. Europa y Estados Unidos aparecen hoy como modelos de sociedades modernas, pero ocultando la incertidumbre de sus propios desarrollos históricos plagados de violencia militarista y de supresión de diversidades culturales y sociales.<sup>16</sup>

Por otra parte, la subversión que protagonizan las “multitudes” también es portadora y crítica radical de la modernidad, con su intervención política a favor de la universalidad de los Derechos del Hombre y del pro-

12 “que refiere a un mito hindú en el cual la imagen del dios brahmánico Krichna solía ser sacada en procesión sobre un carro cuyas ruedas aplastaban a los fieles que de esa manera se sacrificaban a la divinidad”, Anthony Giddens, *Consecuencias de...*, p. 58.

13 Alain Touraine, *Crítica de la modernidad*, Temas de Hoy, Madrid, 1993.

14 Es lo que Berman señala cuando dice que “nos encontramos hoy en medio de una edad moderna que ha perdido el contacto con las raíces de su propia modernidad”, Marshall Berman, *Todo lo sólido...*, pág. 3.

15 Sobre este asunto ha desarrollado Jürgen Habermas su esfuerzo filosófico y teórico en defensa del proyecto moderno, algo que recoge con brillantez polémica frente a los posmodernistas en su famoso artículo: “La modernidad, un proyecto incompleto”, en Hal Foster (ed.), *La posmodernidad*, Kairos, Barcelona, 1998.

16 Según Touraine, Occidente no está legitimado, a tenor de su historia contemporánea, para dar lecciones de desarrollo social o cultural como tantas veces ha pretendido. Alain Touraine, *América Latina, política y sociedad*, Espasa Calpe, Madrid, 1989.

yecto democrático.<sup>17</sup> Ese proyecto, como subraya Antonio Negri, reabre el desarrollo del experimento moderno a esa multitud de ciudadanos que no limitan su “ser” a su pertenencia a una sociedad institucionalizada en el Estado, sino que se rebelan contra el cierre de su “poder constituyente” en tanto genuinos sujetos del mundo en que desean vivir.<sup>18</sup> La democracia se constituye en la principal crítica de la institucionalización del proyecto moderno en una modernidad acabada y de sus formas militaristas de hacer política.<sup>19</sup>

La Revolución vive en y de estas dos trayectorias de la modernidad en un intento, siempre imposible, de síntesis superadora. Revolución que es acontecimiento y proyecto, fenómeno histórico y ambición social y política, fase inevitable y deseada, marca certera de modernidad. Este solapamiento insoluble dificulta el estudio de la Revolución que se enfrenta al carácter político (polémico) inherente a ella (estos asuntos los retomaremos en el último capítulo antes de las conclusiones). Es la paradoja que Jacques Rancière encuentra en toda enunciación política, justamente en la que interviene y se sitúa el sujeto del análisis y que éste debe, a su vez, subvertir tratando de fijar su sentido:

la *demostración* propia de la política siempre es al mismo tiempo argumentación y apertura del mundo donde la argumentación puede ser recibida y hacer efecto, argumentación sobre la existencia misma de ese mundo [...] En primer lugar hay que reconocer y hacer reconocer que una situación presenta un caso de universalidad que obliga. Y este reconocimiento no autoriza a separar un orden racional de la argumentación de un orden poético, si no irracional, del comentario y la metáfora. El reconocimiento se produce por actos de lenguaje que al mismo tiempo son argumentaciones racionales y metáforas poéticas.

---

17 El cierre masculino de esa pretensión de universalidad ha sido y es duramente criticado por el pensamiento feminista que reabre la modernidad, con su crítica, a nuevas alternativas sociales y políticas. No deja de ser curioso que hayan sido movimientos populistas como el peronismo o el sanche-cerrismo en Perú las avanzadillas de la inclusión de la mujer en la escena política institucional de América Latina. Curioso no respecto de ciertos feminismos que exageran las virtudes de la identidad de mujer, sino como dato que revela la necesidad de construir mayorías sociales y políticas que den legitimidad a la acción de los gobiernos, ya sean conservadores o progresistas.

18 Antonio Negri, *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, Libertarias/Prodhuvi, Madrid, 1994.

19 Para dicha idea de confrontación entre democracia y modernidad, pueden verse: Alain Touraine, *Crítica de la...*; Sheldon Wolin, *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento occidental*, Amorrortu, Buenos Aires, 1980; Antonio Negri, *El poder constituyente...*